

EDITORIAL



Francisco Javier Caballero, CSSR
director@revistaicono.org

¡Todo depende de ti!

En buena medida todo depende de ti. De tu propósito y confianza; de tu decisión y duda. La vida es un «acontecimiento por hacer» y en ese acontecimiento es decisiva tu participación. Algo así nos ocurre con el fuego que es bello, da calor y también quema y destruye. Nuestro acercamiento al mismo depende de una decisión muy personal e íntima. Suficientemente cercanos recibimos el calor necesario para la vida; excesivamente próximos, entramos en una zona de peligro para la propia existencia.

A la hora de abordar la relevancia y consistencia de nuestra fe, no está mal que pensemos en el fuego que purifica y pone a prueba nuestra verdad. Da luz a nuestros argumentos y justificaciones y, en buena medida, nos permite hacer un análisis desde la esencialidad. Lo estrictamente necesario e indispensable. También purifica o consume lo innecesario. El fuego además calienta e ilumina... ¡Hay tantos rincones de nuestro mundo envueltos en oscuridad! ¡Hay tantos rincones de nuestra propia vida necesitados de luz! Es hora de acercarse al fuego.

Desde antiguo ha significado presencia de Dios, símbolo de vida y de fuerza. La acción de Dios se expresa también a través del fuego: Moisés y la zarza ardiente (Éx 3,2), la columna de fuego que guía al pueblo durante la noche (Éx 13,21). El fuego purificador indica un nuevo nacimiento, una nueva vida.

Juan el Bautista dice que el Mesías bautizará en Espíritu Santo y con fuego (Mt 3,11). El santo de Asís tenía una especial predilección por su “hermano fuego”, el obtenido en la noche de Pascua como símbolo del resucitado. Y, por último, el Espíritu Santo se hace presente en forma de lenguas de fuego en Pentecostés (Hch 2,3). El fuego, en definitiva, como fuerza del amor que brota del corazón de Jesús.

La vida es un
«acontecimiento por
hacer» y es decisiva
tu participación

Un poco como fuego es el ser humano, binario y complementario, capaz de lo mejor y también de lo menos bueno. Quizá en estos tiempos de sobreexcitación informativa y debilidad formativa necesitamos recuperar el gusto por el equilibrio, la armonía, la belleza de las cosas y descubrir que el fuego es bello y luminoso, pero también abrasador y puede provocar ceguera. La realidad, las personas, necesitamos encontrar esa distancia precisa y justa que nos permite ver y calentarnos, necesitamos volver al equilibrio creacional con la madre Tierra (FT 8), con nuestros hermanos y hermanas. En una cultura del consumismo tendemos a la voracidad, al inmediatismo, pero no a disfrutar o a saborear las

cosas, las personas o, simplemente, el regalo de la vida. La inmediatez, la eficacia o la prisas nos dificultan la paciencia de la ceremonia, el ritmo de la liturgia o la unción de la celebración donde nos encontramos con el Otro y con los otros. Por eso, quizá esta parábola del fuego pueda ser inspiradora para situarnos en el momento justo, en el lugar oportuno, en la palabra adecuada que construye y aporta, que ennoblece y afianza lo mejor del ser humano.

Y este mes, preguntémonos en nuestros grupos y comunidades; preguntemos también a nuestra propia vida qué tenemos que acercarnos al fuego, para que se ilumine y lo entendamos; para que caliente y recobre vida o para que se queme y, definitivamente, desaparezca.

En la Candelaria

La fiesta de la Presentación del Señor en el Templo es celebrada en muchos lugares como el día de la Candelaria, un momento para celebrar y compartir en torno a las hogueras que simbolizan a Cristo, la Luz del mundo, presentado por su Madre en el Templo que viene a iluminar a todos como la vela o las candelas, de ahí deriva el nombre de Candelaria.